

EL AMOR EN EL TEATRO ANTIGUO



En los grandes desastres nacionales el mejor reactivo, el mayor consuelo es recordar las glorias pasadas, cuyos resplandores iluminan, aun de lejos las tinieblas de las épocas de decadencia y transición; y así como Grecia, la reina de las artes plásticas contempla con orgullo escrita en moldes de piedra en los escombros de su derruido Parthenon la memoria de sus hechos inmortales, así España reina de la literatura en el siglo XVII puede hallar en sus obras dramáticas, trazados con grandiosos caracteres, ejemplos de heroísmo, reflejos de esplendor y de grandeza que dulcifiquen la amargura del presente y hagan que, como el Fénix surja la civilización futura, evocada por los hermosos recuerdos del pasado. Y como quiera que las comedias de nuestro teatro antiguo son un verdadero micro-cosmos donde se halla reunido en el mundo del arte cuantas grandezas encerraba la realidad, como la manifestación característica del genio español fué el drama y como en él se refugiaron los idealismos de la lírica y hasta los elementos objetivos de la épica, nada hay tan halagüeño como admirar la nobleza y el poderío de España idealizado por la poesía.

En la imposibilidad de hacer un estudio detenido de nuestra dramática, que sólo con el antiguo teatro de Skaspeare y con el moderno de Schiller ha podido sufrir comparación, he buscado la varita prodigiosa que esmaltaba sus obras de maravillas, la magia que las embellecía, la máquina, en fin, que sustituyendo el *maravilloso* clásico influía en el libre albedrío de los personajes explicando todas las tramas, todas las pasiones, todos los heroísmos de una manera decisiva, pero mucho más poética que el fatalismo antiguo.

Esa magia, ese resorte escénico, esa fuerza misteriosa que en la esfera del arte produce tantos y tan variados hechos como la gravitación universal en el mundo de los fenómenos, es el amor, la más popular, la más general, la más dramática de las pasiones.

Mucho se ha discutido acerca de si el amor es condición imprescindible del drama, pero es porque se ha pretendido pasar de la práctica á la teoría, de la regla á la excepción. ¿Qué importa que «Los cautivos», que «Merope», que «Atalia», que cuantos ejemplos se agrupen sostengan lo contrario, si el instinto de todos los dramáticos del mundo, si el gusto de todos los públicos del orbe, si las condiciones mismas del espectáculo no pueden vivir sino del amor que sirve unas veces para dar unidad á la fábula, otras para darle armonía y ha sido siempre el fluido magnético que ha puesto en conmoción el corazón de los espectadores?

El teatro pagano tuvo tal vez que prescindir del amor, porque en aquellas sociedades la mujer no era ni significaba lo que en las naciones modernas y su envilecimiento quitaba poesía á las pasiones que inspiraba á pesar de que, aun allí, resultan bellas y delicadas las figuras de *Silenia* y *Palmiria*; pero el teatro moderno hijo de otro estado social y de las sublimes inspiraciones del cristianismo tuvo que proclamar por su rey al amor desde que halló dignificada á la mujer.

Èl es por lo tanto el que campea en nuestras comedias clásicas, el que las embellece, las enmaraña y las guía. Allí se halla todo revuelto como se encuentra en la vida real, pero todo elevado á una potencia poética ilimitada, todo partiendo del amor y convergiendo al amor, hallando todo su origen, su impulso ó su justificación en el amor. Allí se ve la verdad unida á la poesía; los personajes son reales é imaginarios á la vez: satisfacen á la razón pero satisfacen aún más á la fantasía. Por una parte parecen los mismos caballeros y damas de las cortes de los Felipes: por otra los moradores de un reino fantástico que no tienen otros negocios, otras aspiraciones, otro lenguaje que el del amor. Porque una de las notas características de la literatura española es que en ella han palpitado desde los primeros tiempos los dos elementos que han dado origen á las escuelas poéticas que tan encarnizadas luchas han sostenido en el siglo que termina. Al lado del idealismo que dicta la carta de *D. Manuel á la Dama duende* y que le hace dar su nombre y su corazón á una beldad casi imaginaria, se halla en «El acero de Madrid», en «La devoción de la Cruz» y en otras muchas comedias un naturalismo, si no tan desnudo como el moderno, hermano del que inspiró algunas de las escenas de las «Novelas ejemplares» de Cervantes y de las obras de Hurtado de Mendoza y de Quevedo.

Los tipos de las mujeres del teatro antiguo son diversos y á veces caprichosos: hay mujeres coquetas, como la protagonista de «El desdén con el desdén» y la *condesa de Belflor* de «El perro del hortelano;» dignas y apasionadas, como la *Estrella de Sevilla*; traviesas, como las de «Casa con dos puertas;» virtuosas y constantes como la bella labradora de «El mejor alcalde el rey» y la heroína de «El mágico prodigioso;» fingidas: como *Marta la piadosa* y *Teodora*, la vieja casquivana de «El acero de Madrid,» y, en fin, decididas y varoniles como la *Moza de cántaro* y la *Rosaura* de «La vida es sueño». Su carácter imprime unas veces al drama cierto tinte idílico, que se deduce por su pureza y su ternura; otras, un color alegre que parece italiano; otras un aspecto serio que frisa en el misticismo, otras un giro tan tortuoso que desafía á Maquiavelo.

El público de entonces pedia aquellas damas resueltas y bien habladas; aquellos galanes batalladores en Flandes y en el Milanésado; aquellos graciosos, archivo del donaire y de la malicia; aquella no interrumpida serie de peligros superados con una espada, con un manto, con una puerta secreta ó con una industria escuderial.

Aunque uniformes por el plan la mayor parte de las obras de nuestro teatro clásico son tan variadas en la riqueza de sus recamados y esmaltes como idénticas por la pasión que las inspira. Pero el amor fué tratado por los dramáticos del siglo XVII de tan diversa manera como diversas son sus manifestaciones. El paternal anega su ternura en el sentimiento, mucho más vivo, del honor, llegando á veces á la barbarie, como «El más improbo verdugo;» el filial se traduce por afectuoso respeto, como en «El conde Lucanor» ó se desvanece ante pasiones más violentas; el fraternal parecido á los dos anteriores, no figura de hombre á hombre si no es por excepción, como en «Las flores de don Juan»: es poco edificante de mujer á mujer que las más de las veces se declaran rivales y es tan celoso y trágico como el amor de padre ó el de esposo en aquellos hermanos que, cual *Busto Tavera*, custodian el candor y el recato de una hermana joven y hermosa; la amistad, dentro de cada sexo, es á la vez íntima y delicada, franca y constante; y, por último, el amor conyugal ofrece uno de dos extremos: ó la absoluta felicidad del hogar doméstico, como en «García del Castañar», ó los rigores á que arrastran los celos, casi siempre infundados, al *Tetrarca de Jerusalem* y al *Médico de su honra*.

Sin embargo, todas esas pasiones, á excepción de la última que

constituye por sí sola el argumento íntegro del drama, son siempre incidentales ó á lo más tributarias del verdadero amor, que en el teatro de nuestro siglo de oro es un encantado y revuelto laberinto. Cualquiera de sus infinitas fases y de sus más delicados matices da lugar á hermosos pensamientos, á discreteos ingeniosos, á soberbias tiradas de versos, á situaciones imprevistas, á comedias enteras. Tanto es así que, á pesar de jugar Lope, Rojas, Alarcón, Tirso, Calderón, Moreto y toda aquella brillante pléyade de dramaturgos casi con las mismas piezas, ofrecen tal variedad y armonía dentro de la unidad del sistema que recuerdan las múltiples combinaciones que producen el talco, el musgo y las arenillas en el kaleidóscopo.

Tantas y tan grandes maravillas abrillantadas por el amor encierra nuestro género dramático, que bien puede decirse que es todo un mundo y además un mundo nuevo. El amor á la patria dió á España un continente desconocido en el campo de la Geografía y el amor en sus más genuinas manifestaciones sacó de la nada otro mundo más ideal, más poético y más dilatado. El primero, conquistado á fuerza de sangre, se ha perdido por completo; pero el segundo se conserva íntegro á través del tiempo, se impone á sus detractores y es la admiración de cuantos cultivan la literatura, en términos de que hoy vale más, mucho más que en su propia época.

MAGDALENA SANTIAGO-FUENTES.

